

MARÍA FERNANDA BALMASEDA CINQUINA

In memoriam

María C. Donadío Maggi de Gandolfi

Mi historia con Marycel

Conocí a Marycel el 16 de agosto de 1978 en la Universidad del Norte “Santo Tomás de Aquino” –Santo Domingo- donde estudié Filosofía. Yo rendía mi primer examen final de la carrera –Introducción a la Filosofía- con Maja Lukac, a quien ella acompañaba en la mesa examinadora. Como estaba embarazada, se retiró más temprano y no presencié mi examen, siendo sustituida por la Hna. Marta Armengol. Cuando le comenté a Isabel Pincemin, mi profesora de filosofía en el Colegio Pedro Poveda –las Teresianas-, acerca de mi evaluación, me dijo: “¿Marycel te preguntó algo?”. Es que también la conocía en primera persona, pues había sido compañera de Maja en la UCA y ambas alumnas de Marycel cuando era asistente de Guido Soaje Ramos. Siempre conservó esa fama bien obtenida sobre sus cuestionamientos inquisitivos, aunque fue adaptándose al estilo de las sucesivas nuevas generaciones. Ciertamente, no era la Marycel de antaño que supimos conocer: cuando se lo hacía notar, se reía.

Así, también me pasó que, cuando yo estaba realizando la primera de mis dos tesis de Licenciatura, la de Antropología sobre el apetito natural con Juan Roberto Courrèges, fui a consultarla a la UCA, un día de 1984 en que tomaba examen final de Filosofía Social. Esperando el cierre de la mesa examinadora, hablé con una alumna que esperaba ser evaluada, a quien le comenté: “¿Qué difícil rendir con Marycel, siempre preguntando el porqué del

porqué...!” y mi interlocutora me contestó: “Está muy bien, porque...”. Fue toda una experiencia, pues ella terminó reprobando su examen y yo, en cambio, obtuve un excelente consejo como respuesta: “Tiene que consultar la *Tabula Aurea* de Francisco de Bérghamo. No hay modo de estudiar un tema en Tomás de Aquino sin leerlo a él directamente”. Este me resultaba un consejo muy natural, pues en Santo Domingo yo había sido formada según ese carácter tomista –principalmente, gracias al Padre Ferro y al Padre Basso, también mis maestros. Digo una experiencia, porque pensé: “¡Qué bueno conservar la humildad y la conciencia de las propias limitaciones...!”

Durante los dos años siguientes, fue mi profesora de Antropología Filosófica -1979- y de Ética -1980. Al presentarse a sí misma y sus “pliegos” hasta el momento, concluyó diciendo “Alias, Sra. Marycel”, así que yo, en aquellas primeras épocas, la llamaba “Sra.” y nunca me lo objetó.

Era una profesora que parecía autosuficiente, orgullosa de sí misma, una súper figura, lejana para nosotros y muy distante, como un tótem sagrado, siempre muy seria. Una profesora difícil y una personalidad que también se intuía difícil. En general, nos provocaba susto. Un personaje dentro de la Facultad al que había que respetar y del que, de algún modo, había que cuidarse, a tal punto de que, cuando se cruzaban en clase nuestras miradas, más que de entender, mi preocupación pasaba por que ella pensara que yo estaba entendiendo: de esto también se reía cuando más tarde se lo contaba.

Temáticamente, de aquella época mía de estudiante y de sus explicaciones, me impactaron los extensos planteos epistemológicos, la complejidad de la relación entre la

inteligencia y la voluntad, los apetitos y el apetito natural, el bien ontológico y el bien moral, la impostación de la ética, la conciencia. Recuerdo cuando concluimos un parcial de Ética y yo me preparaba para volver a casa, regresó al curso y nos preguntó a los dos alumnos que aún quedábamos preparando la retirada qué nos había parecido el parcial. Se refería a sus preguntas. Le contesté con sinceridad: “Me pareció muy difícil el tema de la conciencia”. Y ella, con más sinceridad aún, me dijo: “Bueno, no es que yo pretenda hacerlo más difícil, pero sí procuro no hacerlo más fácil, porque se presta mucho a quedar reducido a una charla de café”, lo cual siempre detestó: presentar una visión reductiva y “pseudo-accesible” de la filosofía. Siempre se resistió muy conscientemente a tomar ese tipo de atajo, incluso, a nivel de difusión: se ufanaba en decir que lo que hacía no era convertir en sencilla a la filosofía para que un auditorio inexperto pudiera acceder, sino que solo “la acercaba”.

Luego dejé de verla -salvo por aquel episodio de 1984 en la UCA y por un encuentro casual en el Congreso Pedagógico de 1986-, pues ella fue convocada por el Ministro de Educación Juan Rafael Llerena Amadeo para trabajar en ese Ministerio y dejó sus cátedras en Santo Domingo. Nos reencontramos a la salida de misa en mi parroquia Jesús en el Huerto de los Olivos un domingo de 1989. Ella salía con su marido y me acerqué para hacerle una consulta sobre el *Comentario de Santo Tomás a los Libros Políticos de Aristóteles* que en ese tiempo yo estaba traduciendo. En aquella “etapa filosófica” de mi vida yo estaba bastante volcada a estas temáticas, por interesarme mucho la Doctrina Social de la Iglesia. Y ella, rápida como siempre para leer “circunstancias”, me dijo: “si te interesa la investigación, vení a verme al CONICET, porque un día

a la semana tenés que poder dedicarte exclusivamente a estudiar”. Ahí, ese día, tuvo comienzo una nueva etapa en mi relación con Marycel.

Fui a verla al Instituto de Filosofía Práctica –INFIP-, su sede laboral como investigadora del CONICET. En aquel tiempo, ese era un mundo ajeno para mí, pero decididamente me impulsó a asociarme a la Sociedad Tomista, lo cual se concretó al año siguiente, y en la que me promovió como vocal desde 1998, y también generó los mecanismos para que ingresara al CONICET, lo cual hice entre 1993 y 1998.

En su guía para la traducción de los textos tomasianos, me enseñó a guardar una libre fidelidad. Pero, sobre todo, me estimuló y “dulcemente” me exigió que comenzara a escribir para exponer en Congresos y publicar en Revistas científicas, porque –decía- “a las palabras no escritas se las lleva el viento”. Por supuesto, cada página y escrito pasaba por su tamiz conceptual y estilístico. Solía decirme: “Es mucho más fácil corregir que escribir, pero siempre dos inteligencias piensan más que una y cuatro ojos ven más que dos”. Iba a su casa con mis manuscritos aparentemente caóticos en hojas enormes, con agregados, flechas, cambios de carillas, etc. que expresaban fielmente mis tiempos y estilo personal de abordaje y comprensión, de reflexión y ejecución de los temas. Nunca me lo criticó. Al contrario, me decía: “este es tu modo de pensar”. Me tuvo mucha paciencia, porque ella era muy distinta. Sin embargo, no procuró trastocarme en algo extraño a mi propia matriz. “Mientras a vos te inspira el papel –decía-, a mí, la escritura”. Le estoy sumamente agradecida por haberme abierto esa puerta y estimular definitivamente ese interés en mí.

En la primera Semana Tomista en la que expuse -1994- mi ponencia suscitó gran alboroto entre los participantes, por ejemplo, el dominico Dalmazio Mongillo, invitado extranjero especial. Al concluir mi lectura y el fervoroso diálogo posterior con el auditorio, se me acercó al lugar del expositor en el que yo aún me encontraba y, con una sonrisa de satisfacción, me dijo: “¡Ladran, Sancho, señal que cabalgamos!”. Estaba feliz, porque eso era signo de que me había destacado y no había pasado inadvertida.

En aquella época no solo me dijo “Por algo la vida nos juntó...”, sino que especialmente me abrió las puertas de su casa y de su familia, y nunca más me las cerró. Así, se fueron sucediendo cumpleaños, casamientos, viajes, encuentros familiares informales, porque empezábamos a relacionarnos personalmente. Son recuerdos muy gratos.

De ese período se desprende –no podía ser de otra manera- mi inclusión en su Cátedra de Filosofía Social en la Carrera de Filosofía de la UCA, en la que Laura Corso era su adjunta. Un tiempo que se extiende desde 1992 hasta 2017. ¡Un cuarto de siglo en el que hemos vivido cada una y por separado realidades y situaciones irrepetibles, de tristezas y dolores muy grandes, y de alegrías y encuentros festivos, también! Le resultaba más fácil reírse que llorar. De hecho, muy pocas veces la vi llorar.

Para mí fue dolorosa mi llegada a la Facultad de Filosofía de la UCA –ya estaba en otra de sus unidades académicas-, pues no podía entender que todos estuvieran “contra” todos, viviendo de un pasado que había tenido muchas riquezas, pero que no era perfecto y también estaba abonado por ridículas diferencias irreconciliables e inconducentes a una vitalidad orgánica. En cambio, yo estaba habituada al estilo dominico, para el que solo había

un Maestro –como una vez le oí decir a Jorge Barros- y ese era Santo Tomás de Aquino. Personalmente, sufrí mucho descubrir a esa intelectualidad católica fraccionada y faccionada: para mí era algo nuevo e impensado tanto familiar como académicamente. Ella, por su parte, sufría la disgregación de la Facultad de Filosofía por historias pasadas que, en realidad, ya deberían haber estado perimidas.

Al principio, puso a mi cargo los temas políticos, siempre los de mi mayor agrado. Y cada vez fue confiando más en mis criterios de exposición y de evaluación. No es poco mencionarlo, porque para Marycel sus cátedras constituían un tesoro. Era una maestra siempre dispuesta y muy generosa con sus tiempos, sus libros, sus “fichas”, sus consejos: no recuerdo una sola vez en que me haya postergado.

Nunca dejó de sorprenderme el respeto con el que encaraba su tarea docente y la juventud que la animaba a preparar cada clase de cada año dentro de lo que consideraba un nuevo proyecto vital. Nuevos alumnos, nuevo terreno. La misma verdad, la misma aspiración: “*contemplata aliis tradere*”. También es cierto que siempre le dolió que esa seriedad académica que la caracterizaba y el estilo de exposición que sostuvo a pesar de los cambios en el alumnado pudieran ser considerados rigidez o vana rigurosidad. Sus alumnos de sucesivas generaciones pueden estar todos muy tranquilos y satisfechos de que Marycel siempre les dedicó y con preferencia lo mejor que tuvo a su alcance, pues tenía una irremediable vocación docente. Disfrutaba dar clase.

Como siempre fue “tomista hasta los tuétanos”, solo podía entender el articulado de la materia desde las causas

de lo social. Sus temas de interés visceral: el estatuto cuasi científico de lo social, el papel práctico de las ideas también en el orden socio-político, los comportamientos antisociales no naturales y la falibilidad –no falla- de la libertad humana, la analogía del bien común y su primacía respecto del bien particular, la amistad cívica, los ineludibles capítulos metafísicos y éticos de lo social, el finalismo natural aristotélico –criba antecedente de su modo de entender a Santo Tomás-, y una respetuosísima exigencia de tratar los temas solo desde una perspectiva racional sin intromisiones del magisterio social de la Iglesia.

Sin embargo, y a pesar de que le resultaba inconcebible reflexionar con profundidad filosófica sin la mirada de Tomás de Aquino - ¡qué sentido podría tener en el hacer filosófico excluirlo a él!-, estaba atenta a ponerlo en diálogo con el pensamiento y la cultura actuales. Por clásica, nunca dejó de ser moderna: se trataba de una cualidad tanto antropológica como psicológica que la caracterizaba. Si bien valoraba la historia y su pasado, siempre miraba hacia el futuro. No se detenía, la vida estaba adelante.

Marycel era una mujer consecuente. Consecuente entre lo que creía y lo que pensaba, entre lo que pensaba y lo que hacía, y entre lo que creía y lo que hacía. La organización, el orden, la distribución del tiempo. Siempre con tiempo para todo y para todos, con una gran plasticidad ante la diversidad de quehaceres diarios hogareños, familiares, profesionales de diversa índole, y una inteligencia muy práctica para hacer que cada día rindiera al máximo y con frutos. Yo no he visto una capacidad de trabajo como la suya, sumada al poder de sus convicciones. Era como un *All Black*: para qué ir para el costado cuando se puede ir para adelante. Por su parte, trabajó hasta último momento y

siempre como una joven que volvía a lanzarse a una nueva aventura intelectual.

De todo aquel tiempo, principalmente rescato que, como yo siempre he sido libre, Marycel fue aprendiendo -creo que también en un proceso a veces doloroso- que si yo llegaba a sentir que en algo mi libertad podía verse amenazada, me iba a alejar. Y lo respetó, aunque cada tanto, hacíamos algunos retoques. Supimos ir ajustando nuestras personalidades y estilos tan diferentes, también porque ambas éramos de carácter fuerte. Logramos tener y respetar nuestros propios espacios comunes.

Y, entonces, llegó la última etapa en nuestra relación. A raíz de la muerte del Padre Basso, mi Director de Tesis de Doctorado, le pregunté a Marycel si ella querría asumir ese papel. “Será un honor”, me contestó.

En esta instancia, efectivamente, yo ya no era alumna, ni tampoco quien la acompañaba en el espíritu y hacer de una cátedra sumándome a un proyecto. Ahora, el proyecto era mío y era yo quien la sumaba a ella. Y siempre fue muy respetuosa de mi idea, de mis intereses, de mi “alma” en el asunto –aunque ella lo viera de otra manera- que ahora también pasaba a ser ocupación de ella y centro de su atención porque, cuando asumía una tarea, esta pasaba a ser de su incumbencia y “propiedad”. Y, si antes me había tenido paciencia, lo de este tiempo ha sido encomiable: ya no era aplicación de su docencia, sino fruto de su amor. ¡Qué distinto!

En este sentido, siempre tuve de su parte, cada vez que lo necesité, una guía certera, una crítica lúcida, un juicio oportuno que reubicara mi nivel de autoexigencia, porque Marycel, a pesar de ser muy especulativa, también era muy práctica y, así como no omitía una especial atención a la

impostación metafísica de los temas tan esencial en mi modo de entender la filosofía, también era astuta para resolver asuntos considerablemente más pedestres. Lamento no haber aprovechado significativamente más esta dimensión tan rica de su personalidad y profesionalismo, y no haberme dejado guiar suficientemente en ese sentido.

En este último tiempo, yo le abrí mi mundo interior wojtyliano -que para ella fue un descubrimiento-, y con ello también una parte importante de mi corazón a la que ella no había tenido previo acceso. De alguna manera, para calificar esta etapa podría decir, parafraseando al joven Wojtyla y sus amigos durante los años de ocupación nazi, que culminamos en esta última etapa con “*unum cor et anima una*”. Sin lugar a dudas, para mí esta fue la época más rica de nuestra relación –y supongo que ella opinaría igual.

Se dieron unas coordenadas de coincidencia anímica y personal que fortalecieron cualitativamente nuestra relación en estos últimos años. A su orfandad de la UCA que la había desplazado de espacios simbólicos muy queridos para ella, y sobre el fértil humus de Wojtyla y Santo Tomás, por un lado, y nuestra soledad individual, por otro –por la muerte de mi Mamá y el casamiento de sus últimos hijos-, encaramos unos años de encuentros periódicos sostenidos en su casa. Amenizábamos el tratamiento de mi tesis con un café expreso o una copa de un buen vino blanco, unos entremeses o unas *delicatessen*, una pascualina o un budín hechos por ella: un mundo exterior e interior. Nos divertíamos. Tramábamos alguna picardía. Nos enfadábamos y nos enojábamos con el mundo. Íbamos –de a poco y sin saberlo- cerrando un círculo de lo que *quelli tempi* una vez me había dicho: “si hubiera tenido otro hijo, me habría gustado que fuera como vos”.

Simultáneamente, podíamos ir a rezar la Liturgia de las Horas al Monasterio de las Benedictinas en Victoria durante el Triduo Pascual, como también ir a comer pizza a Las Cuartetas o sushi a Acassuso, o ir a ver un espectáculo de *stand up*. Y nos comentábamos las miniserias que ambas veíamos, como la de Sandro o la de las Cruzadas.

Y, así como desde hacía mucho tiempo, luego de presentar sus ponencias y que el auditorio la felicitara, me preguntaba “¿Qué te pareció? Mirá que para mí es muy importante tu opinión”, en todos estos últimos años directamente era yo quien le leía sus trabajos antes de su lectura o publicación. Ella también esperaba humildemente de mí lo que antes me había dado y enseñado: además de mi honestidad, dos ojos más y una inteligencia más al servicio de un mayor bien. Me emociona haberle escuchado decir: “Ella es mi mano derecha y mi mano izquierda”, “solo María Fernanda me puede reemplazar”.

Marycel no entendía la relación intelectual entre las personas sin una amistad de por medio. Por eso, hubo muchos que fueron quedando en el camino. Si bien tenía una personalidad que había que entender en sus características y en su explosividad, todo eso no dejaba de ser un caparazón. Necesitaba que la quisieran. Incluso, el respeto y admiración que podía generar su figura y trayectoria, ella los traducía en “me quiere mucho”, o en un matizado “me tiene mucha estima”. Precisamente, tuvo algunos sinsabores y desilusiones en ambientes académicos por haberse dado –nuevamente, digo- afectivamente.

No concebía la afinidad intelectual sin la afectividad compartida. Incluso más: si bien siempre el dato intelectual era un elemento a tener en cuenta en cualquier juicio o comentario acerca de alguien o de alguna relación, Marycel

priorizaba el afecto por sobre el intelecto. No tengo ninguna duda al respecto: a pesar de la relevancia que le otorgaba al intelecto, la principalidad se la otorgaba al afecto. Sus elecciones importantes en la vida siempre fueron afectivas.

He contado todo esto para que colegas y alumnos que realmente no la han conocido, sepan un poco más de ella. Aquí están incluidos sus amores, sus ideas, su historia, su futuro, sus talentos, sus convicciones, su hogar, su mundo.

A este su mundo accedimos muy pocos. Gracias a Dios, yo llegué a estar entre sus afectos principales y ella entre los míos. Tuvimos una relación muy familiar. Puedo decir que fuimos amigas y que la extraño mucho. Hoy, sigue estando presente en mi vida, también en mi Rosario diario, con el mismo cariño y la gratitud de siempre. Y una vez más, como siempre, constato que los caminos de Dios son insondables.